



El dulce vicio de escribir



Charles Baudelaire. Poeta y escritor francés. París, 1821 - 1867. Maestro de la escuela parnasiana. Su producción alcanza una perfección de estilo y una grandeza clásica y, las críticas sobre el arte romántico y las traducciones de Edgar Alan Poe, ponen de manifiesto su búsqueda de una estética nueva.

Charles Baudelaire a su madre

París, 6 de mayo de 1861

Mi querida madre,

Si posees realmente un alma maternal y si todavía no estás harta, ven a París, ven a verme. No sé lo que daría por pasar unos días a tu lado.

Cada vez que tomo la pluma para exponerte mi situación, tengo miedo de matarte, de destruir tu débil cuerpo. Yo, de niño, te he querido apasionadamente; más tarde, obligado por tus injusticias te he faltado el respeto, como si una injusticia materna pudiese autorizar una falta de respeto filial; y yo con frecuencia me he arrepentido, aunque, según mi costumbre, nada haya dicho.

Es evidente que estamos destinados a querernos, a vivir el uno para el otro. Y no obstante, en las circunstancias terribles en las que me encuentro, estoy convencido de que uno de nosotros matará al otro y de que terminaremos por matarnos mutuamente. Después de mi muerte, tú no podrás seguir viviendo, eso está claro. Después de tu muerte, sobre todo si murieses a consecuencia de un choque causado por mí, me mataría, eso es indudable. Cada minuto me demuestra que he perdido las ganas de vivir.

Hay gente que me saluda, hay gente que me busca. Quizá haya gente que me envidie. Mi situación literaria es más que buena. Podría hacer lo que quisiera. Me publicarán todo. Como tengo una clase de talento impopular, ganaré poco dinero, pero dejaré detrás de mí una gran fama, lo sé, siempre que tenga el valor de vivir. Pero mi salud espiritual es detestable; tal vez perdida. Necesito que alguien me salve y sólo tú puedes hacerlo. Quiero hoy decirlo todo.

Estoy solo, sin amigos, sin amante, sin perro y sin gato. No tengo más que el retrato de mi padre, siempre mudo. Te suplico que vengas, tengo mis nervios al final de mis fuerzas, estoy a punto de perder la esperanza. No sé lo que daría por verte, por abrazarte. Te pido la felicidad tuya y te pido la mía, mientras todavía seamos capaces de conocerla. Adiós, estoy extenuado. No he dormido ni comido desde hace casi tres días; tengo un nudo en la garganta, y hay que trabajar.

No, no te diré adiós, pues espero verte. Y te quiero.

Charles.

